

Las apariencias engañan

Por Carlos Peña

Este libro muestra que el buen periodismo es una forma de escrutinio y a la vez de comprensión de la realidad: no sólo nos ayuda a develar lo que alguna vez se quiso ocultar, sino también a descubrir lo que, cuando lo vemos con la mirada desaprensiva de todos los días, se nos escapa. El buen periodismo cumple, por decirlo así, una tarea a la vez política y moral: espanta las sombras del poder, pero también ilumina una parte de la condición humana.

Así lo muestran los trabajos que se incluyen en este libro. Para probarlo, basta citar dos o tres.

En *Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet*, por ejemplo, Cristóbal Peña no sólo muestra el gigantesco patrimonio bibliográfico que Pinochet pudo acumular “a punta de regateos y fondos fiscales”, sino que también pone de manifiesto el tipo de persona que él quería ser y que, para desgracia suya y de muchos, no fue. Si los fetiches de un hombre son el intento de cumplir su deseo imposible (ese que le agujonea la imaginación, pero que no está ya a su alcance) no cabe ninguna duda: Pinochet soñó ser un profesor, un escritor capaz de develar los misterios de la historia y de la guerra desde la tranquilidad de un escritorio, rodeado de páginas y de libros, en vez de ser alguien que debió vérselas con el poder desnudo. Por eso, cuando, asistidos por las páginas de este libro, recorremos su biblioteca, somos capaces de imaginarnos lo que el dictador podía constatar a las tres de la madrugada (que es, según Fitzgerald, la hora en que la verdad nos visita): que incluso para alguien que tiene todo el poder siempre hay una distancia inconmensurable entre su realidad y sus aspiraciones.

Esa misma capacidad para mostrar la realidad del poder y sus instituciones y, a propósito de ello, iluminar parte de la condición humana, se muestra en *Muertos de nadie*, de Juan Pablo Figueroa. El título, casi de cuento, se justifica porque la historia que allí se narra parece inventada. La investigación acerca de cómo funciona el Servicio Médico Legal no sólo permite asomarse a ese saldo de muertos con que, inevitablemente, termina casi cada día el quehacer de la ciudad, sino también a la vida de un sujeto cuya familia no le echa en falta cuando se pierde y ni se sorprende cuando muere.

Las monjas que San Felipe quiere olvidar, de Pedro Ramírez muestra, de otra parte, cómo se puede combinar la preocupación discursiva por los demás y tolerar el maltrato de quienes tenemos más cerca. El caso fue publicado en CIPER mucho antes que los abusos sexuales de algunos clérigos comenzaran a aparecer en la prensa y muestra de qué forma el periodismo de investigación puede adelantarse a las corrientes subterráneas de la actualidad.

Un puñado de monjas se dedica, durante años, a obtener donaciones y prebendas a pretexto de cuidar a niños abandonados a los que maltratan y de los que, cotidianamente, abusan.

Entre los niños se encuentra un par de gemelos, hijos de Hernol Flores, un famoso dirigente gremial que, demasiado alerta ante el sufrimiento de los trabajadores, parece inconsciente del calvario por el que pasan sus propios hijos. Imposible imaginar una historia más estremecedora y más completa acerca de los meandros del poder y de la condición humana.

Y qué decir de la investigación que recoge este volumen sobre el caso Karadima.

El caso Karadima tiene todos los ingredientes que atraen a los periodistas de veras: una historia de sotanas, transgresiones sexuales, abuso y dinero. La misma Iglesia que enfatiza la ascesis sexual experimenta, en su seno, una historia de promiscuidad y de abuso. El asunto, como se ve, tiene todos los ingredientes de lo que Thompson llamó escándalo. Por eso, en cualquier parte del mundo los medios de prensa se habrían peleado por ser los primeros en investigar esa historia hasta sus últimos intersticios. Se habría entrevistado una y otra vez a los testigos, a los feligreses, se habría seguido las redes de influencia de todos los involucrados y se habría inquirido acerca del comportamiento de la jerarquía en su conjunto en torno al caso.

¿Por qué, sin embargo, lo que habría interesado a los periodistas de cualquier parte del mundo, entre nosotros se ha tratado apenas con pinzas y casi con el lenguaje formulario de un parte policial?

La respuesta se encuentra en los detalles del caso que investigó CIPER.

Karadima, en los años ochenta, fue el guía espiritual de casi una generación entera de la élite conservadora. En esos años, cuando la Iglesia Católica leía y releía la parábola del buen samaritano y reclamaba sin cesar por los abusos y por las desapariciones, parte de la burguesía santiaguina se dejaba guiar por un sacerdote carismático y entusiasta que prefería los vapores de la fe abstracta y ritual a las exigencias que planteaba la pregunta del viejo testamento: ¿dónde está tu hermano? La parroquia de El Bosque se convirtió así en el lugar de encuentro de una catolicidad conservadora, ritual e intimista, cuyos fieles poseían redes sociales y poder.

Esas mismas redes e influencia casi atmosférica son, con toda seguridad, las que, de manera soterrada y tácita hicieron que, hasta ahora, los medios trataran el asunto casi aguantado la respiración, con el cuidado y el escrúpulo de quien camina pisando huevos.

Salvo –claro está- CIPER que lo ha investigado con rigor y con talento narrativo, hasta el extremo que un puñado de sacerdotes que se había dejado engatusar por el padre Karadima hicieron saber, mediante una carta, que conferían verosimilitud a las acusaciones que se habían formulado y en las que CIPER indagaba.

El lado oscuro de nuestra modernidad económica (los guetos de la pobreza, las condiciones de trabajo de un retail) y los aspectos sombríos de la democracia (los conflictos de interés de los hombres del Presidente, los raros negocios de un ex Ministro de Defensa, el pasado inconfesable de un dirigente gremial) son los otros temas de los que se ocupa este volumen. En todos ellos las cosas no son como se ven y la contradicción queda a la vista: el residuo de miseria del crecimiento, los intereses privados de quienes deben perseguir el bien

común, la insensibilidad frente a sus hijos de quien se juega el pellejo por los trabajadores. Así, los pliegues y recovecos de la realidad, allí donde reverbera la condición humana, quedan, gracias al trabajo periodístico que en él se recoge, a la vista.

Todos los trabajos han sido publicados por CIPER, el Centro de Investigación Periodística que creó, y que dirige, o que más que dirigir inspira, Mónica González. En ese Centro –lo más parecido a un sueño para quien desea buscar la verdad hasta donde se lo permita su talento- se cultiva el periodismo de investigación como en ninguna otra parte de Chile.

Y al exhibir las virtudes que puede alcanzar cuando se lo ejercita sin ambages de ninguna índole –calidad narrativa, escrutinio del poder, brillo estilístico, novedad- se ponen también de manifiesto, por contraste, las limitaciones que en esta materia poseen la mayor parte de los medios en Chile. Quizá el aporte de CIPER sea entonces doble: junto con poner a disposición de los lectores una indagación aguda, independiente y bien escrita, muestra a otros medios el estándar que se puede alcanzar cuando el periodismo no se ejerce con el ánimo de cultivar amigos y evitarse molestias.

Según dice una buena parte de la filosofía, la realidad gusta del disfraz y siempre se esmera en travestirse, en vivir oculta tras el biombo de las apariencias. Lo que salta a la vista o se oye o se muestra –desde la sonrisa y las buenas intenciones que declara la autoridad hasta los modales de un dictador- aparece entonces como algo que cubre, o encubre, lo que es digno de ser sabido. La realidad casi nunca es lo que dice ser: ella se esmera en que no se la vea. Por eso, si hubiera que escribir una filosofía del periodismo de investigación, una teoría conceptual de esta forma de periodismo que ejercitan con brillo Mónica González y los periodistas de CIPER, toda ella podría resumirse en una frase harto más sencilla que cualquier tratado de metafísica, pero que dice lo mismo que alguna vez enseñaron Hegel o Platón: las apariencias engañan.